BENJAMÍN MARTÍN SÁNCHEZ
Canónigo de la S.I. Catedral de Zamora

EL MUNDO Y SUS PELIGROS
Vanidad de vanidades...

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 - Sevilla.

Con licencia eclesiástica

ISBN. 84-7770-076-1
Depósito legal: M. 18.493-2006
Impreso por: Impresos y Revistas, S. A. (IMPRESA)
Impreso en España / Printed in Spain

Querido lector:

Aquí tienes un pequeño libro, que encierra en pocas páginas gran cúmulo de ideas, que nos ponen de manifiesto qué es el mundo, ese mundo que nos seduce y que no enseña otra cosa que doctrinas perversas, errores y pecados, cuyo príncipe es Satanás.

En él verás los peligros que encierra el mundo, su falsa sabiduría, sus miserias, las vanas ocupaciones de los mundanos, lo penosa que es la vida presente y cómo es una locura apegarnos a las cosas visibles y transitorias, lo cual nos debe mover a considerar cómo hemos de vivir en él.

Los diversos testimonios de los Santos Padres de la Iglesia, que aquí puedes ver, y que considero como los mejores exégetas de los Libros Santos, los he podido entresacar en su mayoría de los comentarios bíblicos del célebre escriturista Cornelio A Lápide, muchos de los cuales pueden verse en el libro titulado precisamente "Tesoros de Cornelio A Lápide", que contienen un extracto de sus comentarios hecho por Abate Barbier.

El presente libro, aunque pequeño, no dudo que te ofrecerá unas ideas sólidas y prácticas para unas meditaciones sobre el mundo y sus vanidades.

Benjamín MARTÍN SÁNCHEZ

Zamora, 12 octubre 1987.

EL MUNDO Y SUS ERRORES

¿Qué es el mundo?

Para tener ideas claras empezaremos diciendo qué entendemos por "mundo". En la Biblia esta palabra tiene varias acepciones:

1.ª Por mundo entendemos unas veces el universo (llamado *"cielos y tierra":* Gén. 1, 1), o sea, el conjunto de cosas creadas, y en este sentido dice también el Evangelio: *"Estaba en el mundo, y por Él fue hecho el mundo"* (Jn. 1, 10).

2.ª Otras veces entendemos a todos los hombres a los que Dios ama, esto es, el conjunto de hombres redimidos por Cristo. En tal sentido dice San Juan: *"Tanto amó Dios al mundo que le dio su Unigénito Hijo, para que todo el que crea en Él no perezca..., pues Dios no ha enviado a su Hijo al mundo para que juzgue el mundo, sino para que el mundo sea salvo por Él"* (Jn. 3, 16-17).

3.ª Por mundo entendemos también los hombres malos y perversos, de los cuales Satanás es el príncipe (Jn. 12, 31), o sea, cuanto se opone a Cristo y a su Evangelio: todo criterio, norma, costumbre o ejemplo y los hombres o cosas que las transmitan, que nos apartan de Dios, enfrían nuestros corazones, debilitan la fe y la esperanza y nos llevan más o menos directamente al pecado.

De este mundo hablamos aquí. Por eso el apóstol San Juan nos dice: *"No améis al mundo ni lo*

que hay en el mundo. Si alguno ama al mundo, no está en él la caridad del Padre...'' (1 Jn. 2, 15-16).

Fijémonos en estas palabras del apóstol:

No améis al mundo con sus doctrinas perversas, errores y pecados, cuyo príncipe es Satanás. Para guardar los mandamientos y permanecer en el amor de Dios, hay que renunciar al amor del mundo, porque *''la amistad del mundo es enemiga de Dios''*, y así lo dice el apóstol Santiago: *''¿No sabéis que el amor del mundo es enemigo de Dios? Quien pretende ser amigo del mundo se constituye enemigo de Dios''* (4, 4).

El amor de Dios y el amor del mundo

Estos dos amores son incompatibles, es decir, el amor del mundo no puede existir en el corazón de un cristiano que conoce y ama a su Padre Dios. El que se deja seducir por el mundo y por sus placeres no puede estar en él el amor del Padre. Pero se dirá: Un cristiano ¿no puede amar las cosas del mundo? El apóstol no dice que no se amen, sino que lo que prohíbe es que se amen *desordenadamente.*

San Agustín aclara este pensamiento así: ''Todo lo que hay en el mundo, Dios lo ha hecho...; pero ¡ay de ti si tú amas las criaturas hasta el punto de abandonar el Creador!... Dios no te prohíbe amar estas cosas, pero te prohíbe amarlas hasta el punto de buscar en ellas tu felicidad... Dios te ha dado todas estas cosas. Si, por el contrario, tú amas estas cosas, aunque hechas por Dios, y tú descuidas al Creador y amas al mundo ¿acaso no

será juzgado adúltero tu amor?... ¿Amas la tierra? Tierra eres. ¿Amas a Dios? ¿Qué diré? ¿Eres Dios? No me atrevo a decirlo por cuenta propia. Oigamos las Escrituras: *"Yo he dicho: Sois dioses e hijos del Altísimo"*.

Las tres concupiscencias. El evangelista San Juan dice que las cosas del mundo que el cristiano ha de aborrecer, porque hacen que el corazón del hombre se aleje de Dios son: *concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos y soberbia de la vida* (1 Jn. 2, 16).

1) *Concupiscencia de la carne* abarca todos los apetitos y deseos propios que emanan de la carne, o sea, de nuestra naturaleza humana corrompida, como son la lujuria y también los apetitos desordenados de la comida, de la bebida, de los placeres mundanos y toda aspiración al bienestar sensible...

2) *La concupiscencia de los ojos.* Se ha dicho que las ventanas del alma son los ojos, y por ellos la mala inclinación del hombre se sirve para cometer pecados, pues a través de ellos entran las cosas obscenas e ilícitas que se presencian con agrado en los espectáculos o escenas inmorales...

3) *La soberbia de la vida,* el apego exagerado de nuestra persona, la idolatría del propio yo, en cuyo fondo están las raíces del pecado. El hombre tentado por el orgullo se vanagloria en las riquezas, honores y placeres. Las maneras de hacernos culpables de orgullo, es por apegarnos a nuestras ideas y voluntad, por presunción, con complacencia en nosotros mismos, por jactancia, por autosuficiencia no tomando consejo de nadie,

por hipocresía mostrando más piedad y talento que el que se posee...

De estas tres concupiscencias, dice Santo Tomás, derivan, como de tres raíces, todos los pecados. Lo opuesto a estas tres concupiscencias son los tres votos de castidad, pobreza y obediencia.

Estas pasiones que se encuentran en el mundo es evidente que *no provienen del Padre,* sino del mundo, o sea, del desorden que el pecado ha introducido en toda la creación. Por eso el cristiano no ha de tener otro amor que el de nuestro Padre Dios. Amar el mundo y sus cosas es una locura, porque, como dice el apóstol *"el mundo pasa y también sus concupiscencias"* (1 Jn. 2, 17), en cambio, el fiel que cumple la voluntad de Dios participa de su eternidad. La fugacidad de las cosas mundanas es un motivo más para evitar el amor del mundo.

El mundo y la carne atacan especialmente a la juventud... "La mayor parte de los jóvenes emprenden un extraviado camino diciendo: Daré mi juventud al placer, y mi vejez a la penitencia; mi juventud al reposo y a las pasiones, y mi vejez al trabajo de la salvación y a la virtud; mi juventud a la carne, al mundo y al demonio, y mi vejez a mi alma y a Dios... ¡Qué peligro más espantoso abandonarse a los desórdenes, con la vana y ciega esperanza de una larga vida primero, y luego del tiempo necesario para la penitencia!" (A Lápide).

Gran locura es discurrir así. ¿Quién no ve que la vida es muy breve y que está amenazada por la muerte, y en la hora que menos pensemos nos llamará Dios a cuentas?

El mundo está lleno de errores

San Agustín en uno de sus sermones sobre la primera carta de San Juan dijo: "¿Tendré que repetiros muchas veces qué se entiende por mundo? No es el cielo ni la tierra, ni todo lo demás que Dios hizo, sino los amadores del mundo. Sin duda que repitiendo esto muchas veces, me hago pesado a algunos; sin embargo, mientras haya a quienes pregunto si lo he dicho ya alguna vez, y no me responden, no es inútil repetirlo. ¿Qué es el mundo? El mundo, en el mal sentido de la palabra, quiere decir los amadores del mundo; el mundo en sentido bueno, quiere decir el cielo y la tierra y todas obras de Dios que en ellos se contienen".

El mundo malo es el que ahora nos interesa, el cual no es otra cosa que el conjunto de "aquellos para quienes la tierra es todo, a quienes tan sólo interesan las cosas de esta tierra y vida presente, que en la práctica limitan su horizonte, su porvenir, a esta vida terrena y a sus bienes de cualquier género, materiales y espirituales" (Guibert) y no piensan en el más allá.

El mundo está en tan grande error, que toma la verdad por la mentira, la dicha por la desgracia, las verdaderas riquezas por la pobreza, la muerte por la vida, y recíprocamente. Ya lo dijo también lo mismo San Agustín: "Todo lo que el mundo mira como una cruz, yo lo miro como cosa deliciosa; y lo que el mundo cree delicioso, yo lo tengo por una cruz" (Lib. de Civit.).

"Entregado el mundo a su perverso juicio, dice San Gregorio Magno, prefiere la turbación a

la tranquilidad, lo duro a lo suave, lo penoso a lo fácil, lo que pasa a lo eterno, lo sospechoso a lo seguro".

También dice San Agustín: "La vida del mundo es una vida miserable, tenebrosa y llena de pecados y de orgullo". Los errores y las mentiras abundan, pues, en el mundo, o mejor dicho, el mundo no es más que horror y mentira...

El Evangelista San Juan dice: *"En el Verbo estaba la vida y la vida era la luz de los hombres, y la luz* (que es Cristo) *brilla en las tinieblas; pero las tinieblas* (los amadores del mundo) *no lo comprendieron"* (Jn. 1, 4-5).

Era *la verdadera luz que ilumina a todo hombre que viene a este mundo.* Estaba en el mundo, y Él era el autor del mundo; y el mundo no le conoció. Vino a su casa, y los suyos no le recibieron. Por eso Jesucristo dirigiéndose a su Padre, le dice: *"Padre santo, el mundo no te ha conocido"* (Jn. 17, 25).

"El hombre animal (el que vive según los deseos de la carne), *no percibe las cosas del Espíritu de Dios; para él son locura, y no puede entenderlas, porque hay que juzgarlas espiritualmente"* (1 Cor. 2, 14).

No améis el mundo...

San Juan nos insiste diciendo: *"No améis al mundo, ni lo que es del mundo"* (1 Jn. 2, 15). Los amantes del mundo son ciegos e insensatos; pereﬁeren lo transitorio a lo estable, lo mortal a lo eterno, la tierra al cielo, el hombre a Dios, lo creado a lo increado...

¿Qué preferís, dice San Agustín; amar las cosas temporales y pasar con el tiempo, o despreciar las cosas del mundo y vivir eternamente con Dios?... El amor del mundo conduce a todos los pecados...

"Considerad la vida de los mortales enamorados del mundo, dice San Paulino; los veréis enteramente semejantes a la bestia de carga que con los ojos vendados da sin parar vueltas a una noria. Entregados al error de los sentidos, y con los ojos del espíritu velados por la impureza de su vida, dan vueltas sin cesar arrastrando un peso enorme, y después de una dolorosa existencia acaban con una desgraciada muerte".

El mundo, dice San Bernardo, tiene sus noches, y son numerosas. Pero ¡qué digo que el mundo tiene sus noches! Él mismo no es más que una noche, y constantemente se halla sumergido en las tinieblas".

La tierra los ha devorado, dice la Escritura (Ex. 15, 12). Orígenes comenta: La tierra devora hoy todavía a los impíos mundanos, a esos hombres que no piensan más que en la tierra, obran sólo para la tierra, hablan de la tierra, se arrancan los bienes de la tierra, sólo desean la tierra, y en ella cifran su esperanza. No levantan jamás sus miradas hacia el cielo; no piensan en las cosas futuras; no temen los juicios de Dios, ni desean la felicidad que nos ha prometido.

Si veis alguno que se entregue a la impureza y a los deleites del cuerpo, a alguno sobre quien no tenga imperio el espíritu, y que sea juguete de sus pasiones, decid: *La tierra le ha devorado: Devo-*

ravit eum terra. Pronto la muerte y el infierno los devorará a su vez...

El salmista caracterizó muy bien la ceguedad del mundo, llamando a la tierra: *Terra oblivionis: tierra del olvido* (88, 13). Todo, en efecto, se olvida en ella: se olvida a Dios, se olvida su ley, la religión, las obras buenas, la salvación, el fin del hombre, la vida, la muerte, la eternidad... Todo se olvida en ella, menos el mal...

Peligros del mundo

"Todo el mundo, dice San León Magno, está lleno de peligros y de asechanzas: las pasiones excitan, el atractivo de los placeres nos prepara lazos, las ganancias adulan, las pérdidas abaten, y las lenguas son amargas".

La influencia maléfica del mundo es grande. "Temo, dice San Pablo a los corintios, que como la serpiente engañó a Eva con su astucia, también corrompa nuestros pensamientos, apartándolos de la sinceridad y la santidad debidas a Cristo" (2 Cor. 11, 3). Los pensamientos se corrompen bajo la influencia del mundo.

Plutarco, escritor griego, del siglo I, dijo: El mundo es la mansión de los dolores, una escuela de vanidad, una plaza pública por la que circulan los impostores... Siempre que Demócrito salía de su casa se reía al hallarse entre los hombres; y en igual circunstancia, Heráclito lloraba. Se les preguntó la causa de obrar así, y el uno contestó que reía, y el otro que lloraba, al ver la vanidad, las frívolas ocupaciones, los cuidados y los afanes de los hombres".

«Cada vez que me hallo entre los hombres, vuelvo menos hombre», dice el autor de *la Imitación de Cristo* (c. 20).

Oigamos a Séneca al dirigir la palabra a Lucilio: "Me preguntáis ¿qué habéis de evitar? La muchedumbre. Jamás os abandonaréis impunemente a ella. En cuanto a mí, confieso mi debilidad; jamás la dejo con las buenas costumbres que allí había llevado. Vuelvo más avaro, más ambicioso, más inclinado al lujo y a los placeres, y ¿lo diré? más cruel y más inhumano; y todo porque me he encontrado en medio de los hombres".

Nadie de vosotros, dice el mismo filósofo, puede resistir al impetuoso movimiento de los vicios que llegan con tan terrible y numeroso acompañamiento. Un familiar hábil afemina poco a poco; un vecino rico irrita la codicia; un mal compañero comunica sus vicios hasta al más cándido. (Véase mi libro *"los males del mundo"* y *"Tesoros de Cornelio A Lápide"*).

El mundo es traidor y cruel

"El mundo, dice San Cipriano, se sonríe para ensañarse, adula para engañar, acaricia para matar, ensalza para humillar, y como si quisiera reportar algún beneficio del ejercicio del mal, exige de los suyos una usura de tormentos tanto mayor, cuanto mayores han sido los honores y dignidades que han recibido" (Epist. ad Donat.).

¡Oh siglo malvado y cruel! exclama San Bernardo; ¡Oh siglo que no sabe hacer felices a sus sectarios, sino convirtiéndolos en enemigos jurados de Dios! (Epist. 107).

"La sabiduría de este mundo, dice San Gregorio, consiste en ocultar de mil maneras lo que abriga el corazón, en velar los sentimientos con palabras, en dar por verdadero lo falso, y por falso lo verdadero. El mundo llama urbanidad lo que es perversidad del espíritu. Convida a que busquemos los más encumbrados honores, a alegrarnos con el vano brillo de la gloria que pasa, a vengarnos con usura del mal recibido de otros, y a no ceder a nadie que resista.

La sabiduría de los justos consiste, al contrario, en no ocultar nada bajo falsas exterioridades, en servirnos de la palabra para manifestar nuestro pensamiento, en amar lo que es verdadero tal como es, en evitar la falsedad, en obrar bien sin esperanza de recompensa, en sufrir el mal antes que cometerlo, en no tratar jamás de vengarnos de una injuria, y en considerar como una ventaja las afrentas sufridas por la verdad.

Pero se ridiculiza esta sencillez de los buenos, porque los sabios del mundo consideran como una locura la pureza de la vida. Califican al momento de necia toda acción verificada con una intención recta" (Lib. X Moral).

¡Qué traidor y cruel es el mundo! Promete felicidad a todos sus subordinados, y sólo les da lágrimas... ¿Qué ha concedido a los que más le han amado? Una vida miserable, una muerte desesperada, y un infierno cuyos tormentos no tendrán fin... Jamás el mundo ha podido hacer feliz a una sola alma. ¡Qué traición! ¡Qué crueldad!...

El mundo obra siempre por propio interés; la caridad ha muerto para él... El egoísmo reina en todas partes...

"¡Oh cuidados de los hombres! exclama San Jerónimo: ¡oh cuánta miseria en el fondo de las cosas! Sólo un pensamiento da la felicidad, el pensar en Dios". "Comparada con la vida eterna, la vida presente merece el nombre de muerte, mejor que el de vida... En todas partes hallamos en este mundo la muerte, en todas partes lágrimas, en todas partes desolación y amarguras; y sin embargo, nuestra alma, ciega con la codicia de la carne, se aficiona a los falsos bienes del mundo..." (S. Greg. Magno).

"Si el mundo os agrada, dice San Agustín, es que queréis vivir siempre en la impureza; si no os agrada, habite en vosotros el que purifica y seréis puros. Pero, si sois puros, no viviréis en el mundo". Amar lo que mancha y nos hace viciosos, es estar manchado y ser corrompidos...

Decid a los hombres del mundo que oren y piensen en su salvación; y os contestarán que ¡no tienen tiempo! ¡Qué miseria! ¡qué esclavitud!...

¡Ay del mundo! dice Jesucristo (Mt. 18, 7). ¡Oh ceguedad! El mundo no da más que padecimientos y males; y le amamos. ¡Dios no da más que consuelos y bienes; y le olvidamos, le aborrecemos!... (A Lápide).

Sabiduría loca del mundo

"La sabiduría de este mundo es necedad ante Dios", dice San Pablo (1 Cor. 3, 19). La sabiduría del mundo es locura, porque con su pretendida sabiduría no entiende las verdades de la salvación ni las cosas divinas... Es locura, porque Dios no quiso valerse de ella para anunciar el Evange-

lio y hacerlo triunfar, sino que tomó por apóstoles a unos hombres completamente extraños a aquella misma sabiduría. Así lo explica admirablemente San Pablo (1 Cor. 1, 19-28).

La sabiduría del mundo es locura, pues muchas veces esta sabiduría se opone a los dogmas, a la moral y a las obras de la fe. Queriendo comprender y explicar todo sólo por la luz de la débil razón, niega la revelación, la encarnación, la redención y muchos otros puntos de la doctrina cristiana...

Y ¿cuál es la sabiduría del mundo aplicada a la moral y a la conducta? ¿No enseña el mundo una moral opuesta a la moral de Jesucristo? No hay duda. Jesucristo dice: *¡Bienaventurados los pobres, bienaventurados los que lloran, bienaventurados los que tienen el corazón puro y los que padecen!* (Mt. 5).

El mundo, por el contrario, dice: ¡Bienaventurados los ricos, bienaventurados los que ríen, los que disfrutan los placeres impuros y los que no tienen sufrimiento alguno! Ved ahí dos morales muy contrarias. ¿Quién se engaña, Jesucristo o el mundo? ¡Ah! El árbol se conoce por sus frutos. Hay una diferencia enorme entre el sabio según Jesucristo y el sabio según el mundo...

Todos los filósofos que han pretendido conocer los principios de la sabiduría del mundo y se han propuesto enseñarla, no han hecho más que desgraciados. Su sabiduría no ha sido más que un azote público. *Alardeando de sabios, se hicieron necios,* dice el apóstol (Rom. 1, 22).

Los mundanos, dice la Sabiduría, sacrificando sus hijos o haciendo sacrificios tenebrosos o celebrando vigilias llenas de locura, no conservan ya

pura su vida, ni la santidad del matrimonio, pues unos a otros se matan con asechanzas o con el adulterio se infaman. Y en todo domina la sangre y el homicidio, el robo y el engaño, la corrupción y la infidelidad, la rebelión y el perjurio, la vejación de los buenos, el olvido de Dios, la contaminación de las almas, el aborto, la inconstancia en los matrimonios y los desórdenes de adulterio y de impureza... Pues en sus regocijos son locos, y en sus profecías embusteros; viven en la injusticia y de ligero perjuran... Pero la pena del pecado anda siempre en pos de la prevaricación de los malos (Sab. 14, 23 ss).

El amor del mundo lleva a todos los vicios y a todos los excesos...

Vanidad de vanidades...

El Eclesiastés se propone esta cuestión: *"¿Qué provecho saca el hombre de todo su trabajo con que se afana debajo del sol?"* (1, 3). Y concretando más el sentido de la misma: ¿Podrá el hombre hallar la felicidad que tan ardientemente desea aquí, en la tierra, o sea, en las cosas creadas? A esto responde solamente: *Vanidad de vanidades y todo vanidad.*

La conclusión práctica del Eclesiastés es: Que gocemos con moderación de los bienes que el Señor nos concede para alivio y consuelo de las penas de esta vida y ánimo agradecido a Él como dador de todo bien, sin perder de vista sus últimas palabras: *"Teme a Dios y guarda sus mandamientos, porque esto es todo el hombre"*, ésta es toda su razón de ser, lo que resumirá Kempis

en esta frase: "Vanidad de vanidades y todo vanidad, fuera de amar a Dios y servirle".

Por lo que hace al mundo, tenemos que decir que en él todo es vanidad. Por eso San Juan Crisóstomo, fijándose en estas palabras: *Vanidad de vanidades* dice: "Si los ricos y los poderosos meditasen esta sentencia, la escribirían en todas las paredes, en sus vestidos, en la plaza pública, en su casa y en las puertas..., siendo necesario que en las comidas y en las reuniones cada uno diga al que tenga a su lado: *"Vanidad de vanidades, y todo es vanidad"*.

No os pongáis en busca de las cosas vanas (1 Sam. 12, 21). "En comparación de los bienes eternos, todo es vano, dice San Gregorio Magno, hasta los bienes temporales; porque todo lo dichoso, agradable, grande y próspero que hallamos en el siglo, es ciertamente vano, puesto que difícilmente nos lo procuramos, todo lo perdemos enseguida. De repente viene al suelo todas las grandezas de este mundo; pasan sus bellezas, y su felicidad y prosperidad se desvanecen.

En el momento en que el mundo, rodeado de todas sus flores, prodiga sus caricias, queda turbado por un repentino accidente, o la muerte rápida le trastorna y le encierra en el sepulcro. Vanas, pues, son las alegrías del mundo pues halagan a los que las aman, prometiendo duración y sumergen en el desengaño, pasando rápidamente".

"El hombre, dice el Eclesiastés, *salió desnudo del seno de su madre, y desnudo se volverá, sin llevarse nada de lo que ha conseguido con su trabajo. Y ¿de qué le servirá haber trabajado tanto para el viento?* (5, 14-15).

"Mirad, oh hombres miserables, dice San Bernardo, mirad que todo lo que hacéis en este mundo es vanidad, locura y demencia, menos aquello que sólo hacéis en Dios, para Dios y en honor de Dios. ¡Y os gusta el mundo, y abandonáis a Dios! El que ama las cosas del mundo está siempre en la angustia: vivir para el mundo es la muerte; el alma muerta para el mundo es la sola que vivirá. Mientras que vivís en vuestro cuerpo, morid para el mundo, para que después de la muerte del cuerpo empecéis a vivir de Dios".

"El establo de Belén grita, grita el pesebre, gritan las lágrimas de Jesús recién nacido, gritan los pañales, grita la cruz, grita la sangre de Jesucristo. Y ¿por qué claman? ¿Qué dicen? Predican la humildad, la pobreza, la penitencia, la austeridad de la vida y el deprecio de las riquezas, de los placeres y de las grandezas del mundo.

Esto es lo que Jesucristo no ha cesado de recomendar desde la cuna al Calvario, y no sólo con sus labios, sino principalmente con sus acciones (A Lápide).

"Hijo de los hombres, exclama el salmista *¿hasta cuándo tendréis el corazón pesado? ¿Por qué amáis la vanidad y buscáis la mentira?"* (4, 3).

Las riquezas del mundo, sus pompas, sus placeres, sus honores, sus promesas, son vanidad, nada: despreciadlas y ambicionad lo único, sólido y digno de desearse. Las riquezas, las pompas, las delicias y la dicha verdadera están en el cielo y en Dios, y no en la tierra y en las criaturas...

La tierra no es más que un destierro... "¡Oh hombre, exclama S. Crisóstomo ¿por qué buscas

aquí, alegrías sólidas y duraderas? Todo lo que ves es perecedero y de poca duración''.

La vanidad en sí y la vanidad personal

Después de hablar de la vanidad de las cosas del mundo de un modo general, conviene precisemos qué es la vanidad, y la vanidad que rodea a las personas.

''Vanidad quiere decir cosa vana, fútil, inútil y de ningún valor; cosa que se desvanece... La vanidad es una cosa vana, que sólo puede agradar a las personas vanas...'' (A Lápide).

Por lo que hace a las personas en sí, la vanidad no es otra cosa que complacerse *desordenadamente* en el propio valer. ''La vanidad, dijo Balmes, es más propia de las mujeres, el orgullo de los hombres...'', y la vanagloria es hija de la vanidad.

Es natural complacerse en nuestras buenas cualidades, en nuestro propio valer, en cuanto contribuye a nuestra propia excelencia: capacidad intelectiva, buen carácter, don de gentes, virtudes adquiridas con esfuerzo, cualidades oratorias, hermosura física, riquezas, prestigio, riquezas, etc.

Dios llenó el mundo de bienes deleitables, para que nos deleiten; y ciertamente es agradable poseer un conjunto de cualidades que hermosean nuestro propio ser. Podemos complacernos en ellas. Para el apóstol San Pablo era una satisfacción el testimonio íntimo de la conciencia, y así decía: *Toda nuestra gloria consiste en el testimonio que nos da la conciencia* (2 Cor. 1, 12). Mas notemos que cuando nos complacemos exageradamente en nuestro valer, cuando nos detenemos

en nosotros y no andamos positivamente hacia Dios, viene el desorden y la vanidad. Hemos de reconocer que cuanto hay de bueno en nosotros nos viene de Dios, y, como dice Santo Tomás: Así como Dios quiere su gloria, no para sí, sino para nuestro bien; así también el hombre puede razonablemente desear la propia para bien de los demás, según aquello de San Mateo: *"Vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos"*.

Tenemos que tener cuidado en no sembrar en nosotros aficiones necias y vanas y no gozarnos en exteriorizarlas, porque la propia alabanza envilece, pues como leemos en los Proverbios: *"No tu boca, sino la ajena sea la que te alabe"* (27, 2).

* * *

"Engañosa es la gracia, vana la hermosura; la mujer que teme a Dios, ésa es de alabar" (Prov. 31, 30). La hermosura y adornos pueden dar vanidad. Cuando una mujer se adorna para parecer y atraer a otros al mal, ostenta malicia y vanidad. Por eso el Sabio advierte: *"No fijes tu atención en doncella, no vayas a incurrir en castigo por su menoscabo. No te entregues a meretrices, no vengas a perder tu hacienda... Aparta tus ojos de mujer muy compuesta, y no fijes la vista en la hermosura ajena. Por la hermosura de la mujer muchos se extraviaron, y con eso enciende como fuego la pasión"* (Eclo. 9, 5-13).

"La hermosura, dice San Gregorio Nazianceno, es juguete del tiempo y de la enfermedad". *"No os envanezcáis jamás por vuestros vestidos"*,

dice el Eclesiástico (11, 4). "Los que se envanecen por ellos, dice S. Crisóstomo, se envanecen por una cosa que los gusanos engendran y devoran".

Cuando Magdalena era mujer pública, estaba llena de vanidad; pero, cuando quedó lavada con sus lágrimas a los pies de Jesucristo, dice San Jerónimo, no tenía ya vanos adornos. Y cuanto más descuidada era entonces en sus vestidos, tanto más bella era interiormente. "Un vano adorno no viene del Señor, oculta un enemigo de Cristo".

"No hay más que un colorido que pueda agradar, el que da el pudor, dice San Gregorio Magno; no hay más que una blancura que deba estimarse, y es la que produce la abstinencia y la penitencia".

La mujer suele adornarse por vanidad para corromper los corazones y hacerse adorar. Cuanto más codiciados son los adornos exteriores, dice San Agustín, más ruinoso para el interior; cuanto menos buscados son, más se embellece el hombre en sus costumbres. Y San Gregorio dice: "No se ocuparían tanto de adornar este miserable cuerpo, si no estuviese el alma vacía de virtudes" (Lib. Moral).

"¿Por qué engordáis y adornáis vuestra carne con cosas buscadas, dice San Bernardo, puesto que dentro de pocos años los gusanos la devorarán en el sepulcro?".

Platón dijo a uno de sus discípulos que por vanidad cuidaba demasiado de su cuerpo: "¿Hasta cuándo, miserable, seguirás construyéndote una cárcel?".

Los grandes cuidados del cuerpo provocan un

gran olvido, una deplorable negligencia del alma...

Han perseguido la vanidad, y todo en ello es vano, dice la Escritura (2 Sam. 17, 15). "¡Avergüéncese, dice San Bernardo, el que busca falsas delicadezas, viendo a Jesucristo coronado de espinas!". Y San Clemente de Alejandría dice: "Es una locura sabiendo que Nuestro Señor está coronado de espinas, insultar su venerable pasión, cubriendo nuestras cabezas de flores". Es no tener razón, ni sentido, ni vista, ni oído, ni religión, ni corazón, ni compasión...

Renunciad a la vanidad

Se promete solemne y públicamente, en el santo bautismo, depreciar las vanidades del siglo. Renuncio al mundo, a Satanás, a sus pompas y vanidades, se dice: ¿Renunciáis al mundo y a sus pompas? pregunta el ministro de Dios vivo en nombre de Dios y de la Iglesia.— Sí, renuncio. Esto es una promesa sagrada que hemos de cumplir...

Quiero, dice San Pablo, *que las mujeres estéis vestidas convenientemente, adornadas con pudor y modestia, y no con cabellos rizados u oro o perlas o suntuosos trajes...* (1 Tim. 2, 8-9).

"El verdadero adorno de los cristianos y de las cristianas, dice San Agustín, son las buenas obras".

"La pureza, dice San Cipriano, no se ocupa de los adornos: ella es el adorno de sí misma; es el honor de los cuerpos, el ornamento de las costumbres, la santidad de los sexos, el lazo del pudor, el manantial de la castidad, la paz de la casa y el principio de la concordia".

"Las vírgenes engalanadas, añade el santo, no

merecen más que desprecio". *El tiempo es corto y precioso,* dice el apóstol; ¿por qué lo perdéis dándolo a la vanidad?...

La mujer casta, dice San Bernardo, está vestida con modestia, tiene un porte que inclina a las demás al pudor, su exterior no es afectado, se reviste de humildad, prescribe el respeto, derrama el perfume de la piedad...

Terminaré diciendo con San Ambrosio: "Tome el débil sexo por espejo, para adornar su alma y sus costumbres, a la bienaventurada Virgen María, en quien brilla la hermosura de la castidad y el esplendor de todas las virtudes".

La verdadera hermosura es la del alma...

Miserias del mundo

Ponéis vuestra esperanza en el dinero, y os entregáis a la vanidad, dice San Agustín; ponéis vuestra esperanza en los honores, y os entregáis a la vanidad; ponéis vuestra esperanza en algún poderoso amigo, y os entregáis a la vanidad. Esperando en todas estas cosas, o moriréis y las dejaréis aquí en la tierra, o bien, si vivís, perecerán y os veréis burlados en vuestra esperanza. Isaías recuerda esta vanidad diciendo: *"Toda carne como la hierba, y toda su gloria como flor del campo. Sécase la hierba y se marchita la flor"* (40, 6-7).

Oigamos a San gregorio Nazianceno: ¿Quién soy? dice. ¿Dónde estaba antes de nacer? ¿Qué será de mí? El camino de esta vida esta sembrado de aflicciones; no hay entre los hombres ningún bien real y sólido; todo está lleno de imperfecciones. Las riquezas son un lazo; el fausto de las gran-

dezas y la pompa de los tronos más encumbrados son cierto sueño.

Penoso es vernos obligados a someternos a otro, y la pobreza nos hace esclavos, y la belleza no dura más que un día, y desaparece como el relámpago. La juventud no es nada, la vejez es el triste declive de la vida.

Las palabras pasan y se desvanecen; la gloria es humo; la nobleza es sangre envejecida; la fuerza es un don que también tiene el jabalí; el matrimonio es esclavitud; las plazas públicas son escuelas de los vicios; el reposo es una señal de debilidad; el trabajo es una pena; parte de los navegantes perecen, y la misma patria puede ser un abismo.

En el mundo todo es estorbo, vanidad, indigencia, falsedad. Todo es temor, alegría mentida, sombra, rocío, soplo que pasa, curso rápido, vapor que se disipa, ensueño, ola inconstante, navío impelido por el viento, huella que se borra y polvo.

Ya se siente, ya se levante, vaya, venga, gire, caiga, todo hombre está arrastrado por el tiempo que se escapa; es juguete del día, de la noche, de los trabajos, de los pesares, de las enfermedades, de las calamidades y de la muerte *(De vitae itiner)*.

¿Qué dices, oh hombre? exclama San J. Crisóstomo. Llamado al reino del Hijo de Dios ¿permaneces entorpecido? Nos parecemos a los pajaritos recién nacidos, que, perezosos, quieren siempre estar en su nido, y cuanto más permanecen allí, más débiles se vuelven; porque la vida presente es cierto nido hecho de pajitas y de barro. Y si me señaláis magníficos edificios, y aún los palacios de los reyes resplandecientes de oro y de piedras precio-

sas, no los diferenciaré en nada de los nidos de golondrina. Cuando venga el invierno, todos caerán igualmente por su mismo peso *(In Epist. ad Col.)*.

Todas las felicidades del siglo, dice San Agustín, se parecen a los sueños que tenemos cuando dormimos. El que cuenta tesoros en un sueño, se cree rico; pero, al despertar, verá su pobreza: así sucederá a los hombres que se regocijan con las vanidades del siglo. Si no se despiertan ahora, en que les fuera útil el despertar, día vendrá en que se despertarán a pesar suyo. Despertaos, pues, y sacudid el sueño que se ha apoderado de vosotros *(In Psal. 132)*.

"Mirad que este mundo tan amado huye, dice San Gregorio Magno; mirad que se agosta en sí mismo; y sin embargo florece todavía en nuestros corazones.

"Hay, dice San Beda, siete cosas que no se encuentran en el mundo, lo que prueba su pobreza y su nada: la vida sin la muerte, la juventud sin la vejez, la luz sin las tinieblas, la alegría sin la tristeza, la paz sin la discordia, la voluntad sin la resistencia, y un reino sin mudanzas... Todos los amantes del mundo están enamorados de frivolidades" (Collectan.).

Bien podemos repetir con el Eclesiastés: *Vanidad de vanidades, todo vanidad. ¿Qué provecho saca el hombre de todo su trabajo con que se afana debajo del sol?* (1, 2-3).

¡Cuán sabiamente juzga las cosas el salmista al decir: *"Aparta, Señor, mis ojos de la vanidad"!* (Sal. 119, 37).

Todo se pasa, Dios no se muda...

Santa Teresa de Jesús dice en una de sus poesías: "Nada te turbe, nada te espante, todo se pasa, Dios no se muda; la paciencia todo lo alcanza; quien a Dios tiene, nada le falta: solo Dios basta".

Dios no se muda. Todo cambia en el mundo, menos Dios, pues Dios solo es *el que es* (Ex. 3, 14), es decir, Dios solo es inmutable, y Él lo dice así por el profeta Malaquías: *"Yo soy el Señor, y no cambio"* (3, 6). *"Tú, Señor, eres siempre el mismo, y tus años no tiene fin"* (Sal. 102, 28).

El título que, por el contrario, podría llevar el hombre, el mundo y toda criatura, es el siguiente: *Soy creador y cambio:* cambio de cuerpo, cambio de espíritu, cambio de voluntad y cambio de deseos y de afecciones; estoy en un movimiento y en un cambio continuos. Siendo dependiente, débil, imperfecta, alterada y mudable, la naturaleza creada cambia constantemente.

He aquí porqué los hombres que ponen su esperanza y su amor en el hombre o en cualquier criatura tienen hambre y sed insaciables; mil deseos de temores les asaltan, y pasan de un sentimiento a otro, y de una alternativa a otra, como dice el profeta Jeremías: *Jerusalén se ha sumergido en su pecado, y por esto ha perdido toda estabilidad* (Lam. 1, 8).

¿Queréis, a pesar de vuestra debilidad, ser constantes e inmutables? Uníos a la naturaleza inmutable y al sólido bien, que es Dios. Dios no cambia nunca; las criaturas cambian siempre...

En este mundo todo desaparece. *"Una voz me*

ha mandado que grite, dice el profeta Isaías, *y yo he respondido: ¿Qué he de gritar? Toda carne es como la hierba y toda su gloria como la flor de los campos. La hierba se ha secado y la flor ha caído"* (40, 6-7).

Meditadas con humildad estas palabras, hacen fácil todo lo penoso y asiduo, destruyen todos los vicios, y hacen practicar todas las virtudes...

Todo el esplendor del género humano, honores, poder y riquezas, es una flor de las praderas, dice San Agustín. Florece esta casa, añade este santo doctor, y llega a ser una gran casa: florece esta familia; pero ¿cuántos años viven? Todo lo que está en vigor, todo lo que brilla, todo lo que es hermoso en la tierra, no dura *(In Psal. 110).*

¿Qué son en la tierra los hombres más notables, dice San Gregorio, sino flores de los campos? La vida actual es una flor (Lib. XI. Moral).

¿Por qué, miserable y ciego mortal, codicias una posición elevada, si mañana, o tal vez hoy has de morir? ¿Por qué despierta tus pasiones aquella hermosura? Deseas una flor de los campos que dentro de algunas horas estará marchita; pues, no lo olvides, *toda carne es como la hierba.* ¿Por qué recargas la mesa de manjares tan exquisitos? *Toda carne es como la hierba...*

Muy bien dice San Jerónimo: ¡Oh miserable condición del hombre; tiempo perdido es todo el que vivimos sin Jesucristo!...

Atended, el mundo se va, dice San Agustín; atended, el mundo cae, y si lo veis, tened cuidado, pues todo lo arrastra consigo...

Vanas ocupaciones de los mundanos

Son muchos los que se olvidan del servicio de Dios, y a estos se les pueden aplicar estas palabras del profeta Ageo: "Así dice el Señor: *Sembráis mucho y cosecháis poco; coméis y no os saciáis; os vestís, y no os calentáis, y el que ha reunido intereses, el que anda a jornal echa su salario en saco roto*" (1, 6).

¡Oh vanas ocupaciones, oh vanas ocupaciones de los mundanos! ¡Oh! si colocados en la cumbre de una alta montaña pudiésemos ver la tierra toda a nuestras plantas, dice San Jerónimo, yo os mostraría ruinas innumerables, naciones que pelean contra naciones y reinos que se destruyen alternativamente. Veríais a unos hombres atormentados, a otros sentenciados a muerte; a estos sepultados en las olas, a aquéllos amarrados en la esclavitud; aquí bodas y alegría, allá llanto y gemidos: veríais que los unos nacen, y los otros mueren; veríais a los unos colmados de riquezas, y a los otros que mendigan el pan en la más horrible miseria; y veríais que están destinados a morir en un corto espacio de tiempo los poderosos ejércitos y todos los hombres que habitan la tierra y que ahora están llenos de vida. *(Epist. 3, ad Heliod.).*

El mundo se halla en un movimiento perpetuo: sus hijos van y vienen, suben y bajan. El trabajo manual, el negocio, los viajes, los pleitos, las acusaciones, las defensas, los juicios, las disputas, los odios, las venganzas, tales con sus ocupaciones. Construyen, derriban, amontonan proyectos sobre proyectos, y en medio de estas agitaciones, nin-

guno de ellos piensa en Dios, ninguno se prepara a la muerte...

Muchos hallan demasiado penoso el servicio de Dios; pero ¿son los sacrificios que pide comparable a los que exige el mundo? Por lo demás, si algo cuesta el servicio de Dios, amplias indemnizaciones son también la gracia en la tierra y la gloria en el cielo... Pero ¿dónde están las compensaciones que concede el mundo? Tormentos en esta vida, y tormentos sin fin en la otra...

La vida del mundo es penosísima

San Gregorio Magno describe así esta vida diciendo: "La vida de este mundo es laboriosa; es más vana que las fábulas, más rápida que un corcel; descansa en la estabilidad, se apoya en la debilidad, y no tiene fuerza alguna. Es una serie de resoluciones inconstantes, de agitaciones sin descanso, y de trabajo sin tregua.

¿Quién es, añade, el que no está desgarrado por el dolor, atormentado por los cuidados y abatido por la zozobra? Después de la risa vienen las lágrimas, la tristeza acompaña a la alegría, una saciedad penosa y sin encantos sucede al hambre, y después de la saciedad vuelve el hambre.

Durante la noche, deseamos el día; durante el día, suspiramos por la noche; si hace frío, quisiéramos calor, y si hace calor, pedimos frescura. Apetito y deseo antes de la comida, y después, turbación, pesadez y entorpecimiento. La indignación, la ira y una inundación de tiránicas pasiones agitan sin cesar a los hombres" (Lib. VI Moral).

No hay verdadero valor ni heroísmo entre los mundanos. La virtud los asusta, y sólo tienen ardor para el desorden y el crimen... ¿Qué es el hombre, aún el más fuerte, el más rico y el más poderoso, si abandona la virtud, la religión y a Dios; y si Dios, la virtud y la religión le abandonan? No es más que un compuesto de debilidades, la imagen de la locura, una víctima del infierno...

Para los hombres sin fe es muy penosísima la vida del mundo; mas sólo los que la tienen y la viven, saben llevarla con resignación y con agrado, porque conocen el porqué del dolor (véanse mis libros: *"El problema del dolor"* y *"Catecismo sobre el dolor"*), pues el verdadero cristiano sabe que *"por muchas tribulaciones hemos de entrar en el reino de los cielos"* (Hech. 14, 21), y porque, según el apóstol *"los padecimientos de la vida presente no son nada en comparación con la gloria que ha de manifestarse en nosotros"* (Rom. 8, 18).

"Los días son malos", dice el apóstol de las Gentes (Ef. 5, 16), es decir, los de esta vida están llenos de angustias, de dolores, tormentos, pesares, cuidados, tristezas, gemidos, llantos, tentaciones y peligros de todas clases.

"¿Qué nos dice el mundo, y por qué nos causa cada día tantos dolores, sino a fin de que dejemos de amarle?... Despreciemos, pues, la tierra, y olvidando y pisoteando todas las cosas del tiempo, compremos los bienes eternos" (S. Greg. M.).

"La vida presente, dice San Agustín, es una peregrinación fatigosa, es fugitiva, incierta y pesada; expone a todas las manchas, arrastra tras sí todos los males; es reina de los orgullosos, y está

llena de miseria y de errores. No debemos llamarla vida, sino muerte...

La tierra, dice el mismo santo, es la región de los escándalos, de las tentaciones y de todos los males para que gimamos en la tierra a fin de merecer alegrarnos en el cielo. En la tierra se hallan las tribulaciones; en el cielo los consuelos. En la tierra, en esta región de los muertos, sólo se halla el dolor, el temor, los gemidos y los suspiros... Dejen los hombres de poner su esperanza en las cosas que pasan, y de amarlas...

En el Eclesiastés leemos: *"Nada negué a mis ojos de cuanto me pedían, y no privé a mi corazón de placer alguno... y cuando miré todo cuanto habían hecho mis manos y todos los afanes que al hacerlo tuve, vi que todo era vanidad y afición de espíritu"* (2, 10-11).

Oigamos a San Juan Crisóstomo que nos dice: "No bajamos al centro del mundo; busquemos antes bien el cielo. Mientras que las aves se mantienen en los aires, no pueden ser fácilmente cogidas; y mientras el hombre contemple el cielo y se remonte allí, no pueden sus enemigos prenderle fácilmente en sus redes y lazos.

El demonio y el mundo son cazadores: coloquémonos más arriba que ellos, para que no nos detengan ni nos maten. El que se eleva hacia Dios, nada admira en la tierra. Vistas desde lo alto de una montaña, las ciudades y las casas parecen pequeñas, y los hombres hormigas; y vistas desde lo alto de las cosas divinas, los objetos de la tierra pierden su falsa grandeza, y parecen pequeñas y despreciables. De ahí es que las riquezas, la glo-

ria, el poder, los honores y las criaturas, todo será mezquino para nosotros" *(Homil. 15 ad p.)*.

No te apegues a las cosas visibles y transitorias

"Un gran principio de virtud es el que el alma, ejercitada poco a poco, desprecia primero todo lo visible y transitorio, para poder abandonarlo después. Aquél a quien su país agrada, es débil todavía: aquél a quien toda comarca conviene, es fuerte; pero aquél para quien el mundo es un destierro, es perfecto. El primero tiene todavía su corazón en el mundo: el segundo le da cierto impulso; pero el tercero lo ha matado dentro de sí mismo" *(Hugo de S. Victor., Instit. Monast.* c. 8).

"Despreciemos, dice San Cipriano, despreciemos todo lo que está debajo del cielo, como cosa ligera, engañosa, vana e indigna de nuestro amor".

"¡Qué importa la tierra al que posee el cielo! dice San Pedro Crisólogo. ¡Qué importan las cosas humanas al que ha saboreado las cosas divinas!".

Si queréis, dice San Agustín, seréis el cielo. Si queréis ser el cielo, arrojad de vuestro corazón todo lo perteneciente a la tierra. Si no os abandonáis a las codicias de la tierra, y no en vano contestáis que habéis levantado vuestro corazón, seréis el cielo. *Si habéis resucitado con Cristo, buscad lo que pertenece a la región superior, donde Cristo está sentado a la diestra de Dios; saboread las cosas del cielo, y no las de la tierra.* Decís que habéis empezado a preferir las cosas del cielo a las de la tierra: en tal caso ¿no os habéis convertido en cielo? Lleváis el peso de vuestro cuerpo; pero

vuestro corazón está más alto: sois el cielo, porque vuestra vida estará en los cielos''.

Todos los cristianos deben estar muertos para el mundo, y crucificados con Jesucristo; deben estar muertos para las pompas y para las obras del mundo, a fin de que el cristianismo sea la imagen de la cruz. Todos debemos decir con San Pablo: *''Cuanto a mí, jamás me gloriaré a no ser en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo está crucificado para mí y yo para el mundo''* (Gál. 6, 14).

''¡Oh, qué vil me parece la gtierra cuando contemplo el cielo! exclamaba San Ignacio de Loyola. *''No améis el mundo, ni lo que hay en el mundo''* (1 Jn. 2, 15).

Amáis la tierra, dice San Agustín, y seréis tierra. Amando a Dios, seréis Dios. Así pues, si queréis ser dioses e hijos del Altísimo, no os apasionéis por el mundo ni por lo que hay en el mundo.

Dos amores han edificado dos ciudades: el amor a Dios, llevado hasta el desprecio propio, construyó la ciudad de Jerusalén; y el amor propio, llevado hasta el desprecio de Dios, edificó la ciudad de Babilonia.

El amor del mundo y el amor de Dios no pueden habitar juntos en el corazón; así como los mismos ojos no pueden levantarse al mismo tiempo al cielo y fijarse en la tierra''.

La luz y las tinieblas son incompatibles. Cristo es la luz; el mundo, las tinieblas. Cristo ''luz del mundo'' (Jn. 1, 17) venía a disipar y barrer las tinieblas del mundo. Pero el mundo no quiso recibir la luz (Jn. 3, 19)...

''Huid del mundo, dice San Agustín, si queréis

ser puros. Huid de las criaturas, si queréis poseer al Creador. Parezcaos toda criatura vil, para que el Creador forme las delicias de vuestro corazón".

"Huir del mundo" quiere decir "vivir en el mundo sin ser del mundo", o sea, vivir en el mundo y usar de las cosas del mundo, pero como si no usáramos de ellas. El mundo es pura apariencia. La vida del mundo es breve...

Los cristianos en medio del mundo

¿Cómo hemos de vivir en el mundo? Si nos vemos precisados a vivir en el mundo, debemos tener presentes estas normas, que resume así el escriturista Cornelio A Lápide:

1.° *Como peregrinos.* Conviene considerarnos como extraños y viajeros... Nuestros padres, dice San Pablo a los Hebreos, no habían recibido las promesas; las veían y las saludaban de lejos, y *confesaban que eran viajeros y extraños en la tierra* (Heb. 11, 11).

"Os ruego, carísimos, dice el apóstol San Pedro, *que, como peregrinos y advenedizos, os abstengáis de los apetitos carnales que combaten contra el alma* (1 Ped. 2, 11).

Todo el que pertenece a la ciudad del cielo es extranjero en el mundo, dice San Agustín; mientras vive en este mundo, está en un país que no es su patria, y donde, entre muchas seducciones y engaños, no existen algunos pocos que conozcan y amen a Dios.

2.° *Deseo de la Patria.* Hemos de lamentar ya las iniquidades del mundo, ya la precisión de vivir en el mundo. Imitemos al pueblo de Dios cau-

tivo. *"Junto a los ríos de Babilonia, allí nos sentábamos y llorábamos acordándonos de Sión. De los sauces de sus orillas colgábamos nuestras cítaras. Allí los que nos tenían cautivos nos pedían que cantásemos. Los que nos habían llevado atados, que nos alegrásemos: Cantadnos algunos de los cánticos de Sión. ¿Cómo cantar en tierra extranjera los cánticos de Yahvé? ¡Si yo me olvidase de ti, Jerusalén, olvídese de mí mi diestra! ¡Que se me pegue la lengua al paladar si yo no me acordase de ti!"* (Sal. 137, 1-6).

Conviene que practiquemos las excelentes lecciones del apóstol a los corintios: *"Digoos, pues, hermanos, que el tiempo es corto. Sólo queda que los que tienen mujer vivan como si no la tuvieran; los que lloran, como si no llorasen; los que se alegran, como si no se alegrasen; los que compran, como si no poseyesen, y los que disfrutan del mundo, como si no disfrutasen, porque pasa la apariencia de este mundo* (1 Cor. 7, 29-31).

No hemos de seguir las máximas, ni la moral, ni los ejemplos del mundo, sino que hemos de seguir en todo la ley de Dios.

Pasemos del mundo al Padre

Voy al Padre. ¿De dónde y a dónde? *Sabiendo Jesús que había llegado su hora de salir de este mundo e ir al Padre...* (Jn. 13, 1). El célebre obispo Bossuet comenta: Este es el punto de partida. No somos del mundo y debemos abandonarlo.

El mundo pasa. Ya sabéis lo que es el mundo. San Pablo lo resume en cuatro palabras: *El tiempo es corto* (1 Cor. 7, 29). Por lo tanto, vivid co-

mo si no vivierais en él, y aun los lazos más fuertes no os retengan de un modo definitivo.

El mundo pasa, pero dice San Agustín que una cosa es pasar con el mundo, y otra pasar del mundo para ir a otra parte. Lo primero es la desgracia de los pecadores; lo segundo, la herencia de los hijos de Dios, que, despreciando castillos y palacios, les gritan: Yo me voy, no queráis retener ni un punto de la juventud y vigor que me queda todavía. Tengo prisa, me voy al Padre.

Ir al Padre. Porque esta es la segunda razón. Mientras los filósofos abandonaban el mundo, pero sin saber adónde ir, nosotros, como el hijo pródigo, decimos: *Me levantaré e iré a mi Padre* (Lc. 15, 18). Pero me he equivocado. No diremos eso. Lo que debemos decir es: Me levanto y voy... No os paréis...

Vayamos por el camino de los mandamientos de Dios que conduce al cielo, nuestra verdadera Patria (Véanse mis libros: *"Somos peregrinos"*, *"Vamos de camino"* y *"Los 10 Mandamientos").*

INDICE

Págs.

— Querido lector 3
— EL MUNDO Y SUS ERRORES 4
— ¿Qué es el mundo? 4
— El amor de Dios y el amor del mundo 5
— El mundo está lleno de errores 8
— No améis el mundo 9
— Peligros del mundo 11
— El mundo es traidor y cruel 12
— Sabiduría loca del mundo 14
— Vanidad de vanidades 16
— La vanidad en sí y la vanidad personal 19
— Renunciad a la vanidad 22
— Miserias del mundo 23
— Todo se pasa, Dios no se muda 26
— Vanas ocupaciones de los mundanos .. 28
— La vida del mundo es penosísima 29
— No te apegues a las cosas visibles y transitorias 32
— Los cristianos en medio del mundo ... 34
— Pasemos del mundo al Padre 35

OTROS LIBROS DEL MISMO AUTOR

La Biblia Explicada (Para mejor entenderla)..................
La Biblia Ilustrada Compendiada..........................
La Biblia más Bella....................................
La Biblia a tu alcance..................................
Curso Bíblico Práctico..................................
Catecismo de la Biblia..................................
Historia Sagrada o de la Salvación.........................
Nuevo Testamento Explicado, con 4 índices: general, alfabético, teológico y errores de las sectas..........................
Tesoro Bíblico, Teológico...............................
Evangelios y Hechos Ilustrados...........................
Jesús de Nazaret......................................
Dios te Habla (libro bíblico)............................
El Catecismo Ilustrado.................................
El Catecismo más Bello (Primera Comunión)................
El Catecismo Conciliar, en 10 tomitos.....................
Tesoro del Catequista: Astete explicado...................
El Matrimonio (Preparación y cómo vivirlo)................
Bautismo y confirmación................................
Catequesis Bíblicas...................................
¿Existe Dios?..
¿Existe el Infierno?...................................
¿Existe el Cielo?.....................................
¿Quién es Jesucristo?.................................
¿Quién es el Espíritu Santo?............................
¿Por qué no te confiesas?..............................
¿Por qué no vivir siempre alegres?........................
¿Seré Sacerdote?.....................................
Para ser Santo.......................................
Para ser Sabio.......................................
Para ser Feliz..
Para ser Apóstol......................................
Para ser Católico Práctico..............................

La Buena Noticia
La Caridad Cristiana
La Bondad de Dios
La Santa Misa
La Virgen María a la luz de la Biblia
La Penitencia, qué valor tiene
La Formación del Corazón
La Formación del Carácter
La Reforma de una Parroquia
La Matanza de los Inocentes
La Senda Desconocida (La virginidad)
La Cruz y las cruces de la vida
La Religión Verdadera
La Edad de la Juventud
Los Diez Mandamientos
Los Grandes Interrogantes de la Religión
Los Santos Padres y Doctores de la Iglesia
Los Testigos de Jehová
Los Males de Mundo
Los Ultimos Tiempos
El más Allá
El Diablo anda suelto
El Valor de la Oración
El Valor de la fe cristiana
El Padrenuestro, la mejor Oración
El Pueblo pide Sacerdotes Santos
El Dios Desconocido
El Camino de la juventud
El Niño y su educación
El Mundo y sus peligros
El Sagrado Corazón de Jesús
Diccionario de Esperitualidad
Historia de la Iglesia
Vida de San José
Pedro, Primer Papa
Flor del Convento
Florilegio de Mártires

Somos Peregrinos . . . .
Vamos de Camino . . . .
Tu Camino (Vocacional) . . . .
Misiones Populares . . . .
De Pecadores a Santos . . . .
Pecador, Dios te espera . . . .
Joven, Levántate . . . .
Tu Conversión; no la difieras . . . .
Siembra el bien . . . .
Lágrimas de oro, o el problema del dolor . . . .
No pierdas la juventud . . . .
Siguiendo la Misa . . . .
Visitas al Santísimo . . . .
Hablemos con Dios (Visitas al Santísimo) . . . .
Dios vive entre nosotros (Eucarístico) . . . .
Las Almas Santas . . . .
Errores Modernos . . . .
Marxismo o Cristianismo . . . .
Doctrina Protestante y Católica . . . .

MUY IMPORTANTE

Todos estos libros se venden muy baratos en casi todas las librerías religiosas, y también se mandan por correo a reembolso si se piden a la siguiente dirección:

APOSTOLADO MARIANO
C/. Recaredo, 44 - 41003 Sevilla